Guipúzcoa es una provincia cuyas hermosuras naturales saltan a la vista, y—creo yo—que, incluso, también a otros sentidos.

Las arquitecturas populares de la tierra tienen mucha nobleza y claridad. Arrancan de una tierra que casi no se ve. Están como clavadas a la hierba.

Sus materiales son los árboles, el barro y la piedra del terreno. Tienen también anchura, y su color, y su riqueza, y su medida.

Están tan bien hechas que no se les nota el tiempo si no es en el color.

Y por lo bien hechas que están, son como un descanso; y dan ganas de ponerse contento al verlas. Y se llega a desear hasta la lluvia.

No nos importan ya ni la proporción ni la armonía, aunque las tengan, de tanto que nos gustan estas piezas.

Tan cuadradas, tan duramente justas.

Esto pasa con las arquitecturas de los campos y con muchas de la ciudad, aunque crezcan con otro aire.

A estas que digo les da el aire de las plazas. (Ahora que me acuerdo de la que ha rozado Peña con tanto amor.)

Aquí ponemos en estas páginas —mezcladas con alguna de las otras— algunas arquitecturas de estos días.

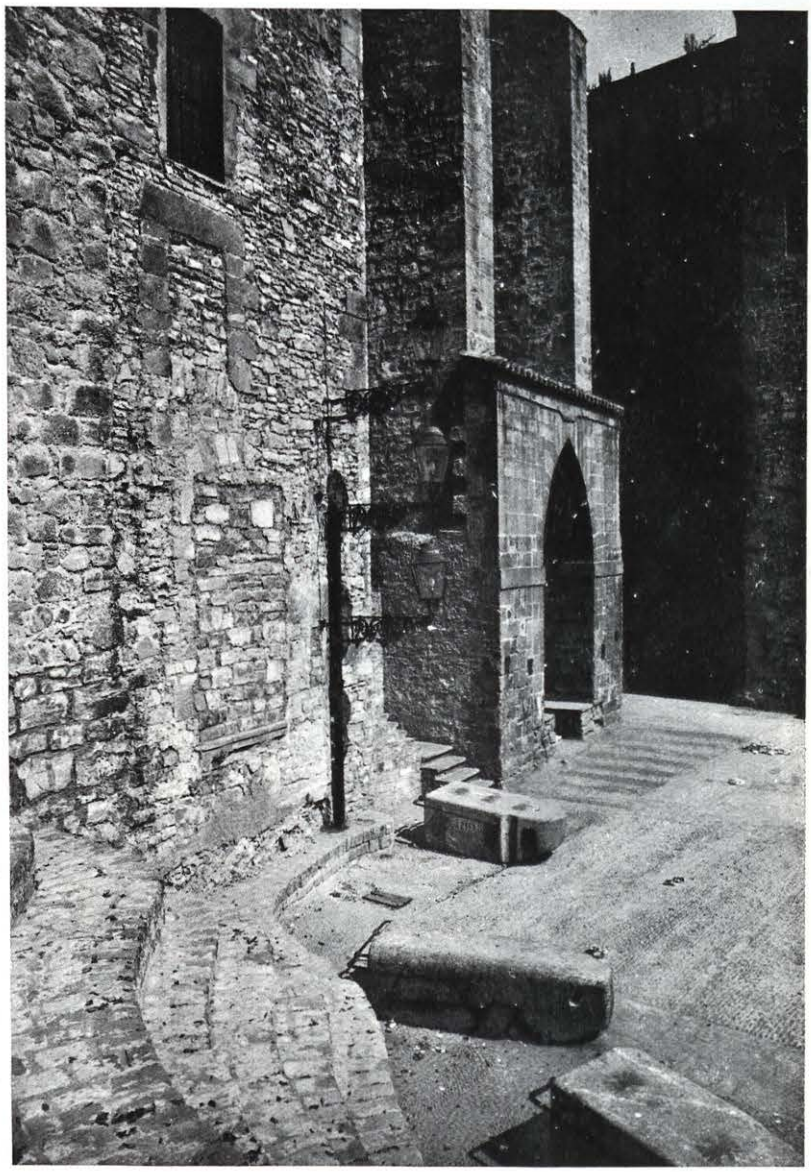
No serán las mejores, ni las más expresivas, tal vez.

Son simplemente algunas muestras que nos han mandado los compañeros que trabajan por aquella tierra.

(Hemos pedido a muchos, y todos somos muy amigos, pero no hemos recibido más.)

Algunas de estas obras poseen todo el talento del que sabe callar después de hacer.

Tienen algo que decir, lo dicen y se callan después de haberlo dicho.

Justamente nos alegran por su medida, por su respeto al contorno y por su modesta condición de obras decentes.

F. de I.